ANALES DE FILOLOGÍA FRANCESA

Identidad y alteridad en la lengua del escritor: Jacques Derrida y Abdelkébir Khatibi

Identity and Alterity in the Writer's Language: Jacques Derrida and Abdelkébir Khatibi

DOMENICO CAMBRIA
Centre Théologique de Poitiers, Francia
domenicocambria31@gmail.com

Recibido: 28-10-2025 | Aceptado: 12-09-2026

Cómo citar este artículo: Cambria, Domenico. (2026). Identidad y alteridad en la lengua del escritor: Jacques Derrida y Abdelkébir Khatibi. *Anales de Filología Francesa*, 34, pp. 8-19. https://doi.org/10.6018/analesff.685581

Abstract:
This article explores the tension between identity and otherness in the act of writing, based on the thinking of Jacques Derrida and the work of Abdelkébir Khatibi. Writing always involves a confrontation with the language of the other, which destabilizes any appropriation of identity and opens up a space for transformation. According to Derrida, this experience translates into an autobiographical and philosophical reflection on the monolingualism of the other, where the so-called "mother tongue" always reveals itself to be foreign. Khatibi, for his part, embodies this tension through bilingual writing that depicts the dissolution of identity in the encounter with the other. The analysis highlights that writing is not simply an expression of self, but a process of alteration and metamorphosis, where identity is reconfigured through the irruption of the other. Thus, language becomes both a place of loss and creation, traversed by an unfulfilled promise of otherness.

Key-words:
Identity, alterity, language of the other, writing, bilingualism.

Résumé:
Cet article explore la tension entre identité et altérité dans l'acte d'écrire, à partir de la pensée de Jacques Derrida et de l'œuvre d'Abdelkébir Khatibi. L'écriture engage toujours une confrontation avec la langue de l'autre, laquelle déstabilise toute appropriation identitaire et ouvre un espace de transformation. D'après Derrida, cette expérience se traduit par une réflexion autobiographique et philosophique sur le monolinguisme de l'autre, où la langue dite "maternelle" se révèle toujours étrangère. Khatibi, quant à lui, incarne cette tension à travers une écriture bilingue qui met en scène la dissolution de l'identité dans la rencontre avec l'autre. L'analyse met en lumière que l'écriture n'est pas simple expression de soi, mais un processus d'altération et de métamorphose, où l'identité se reconfigure à travers l'irruption de l'autre. Ainsi, la langue devient à la fois lieu de perte et de création, traversée par une promesse inachevée d'altérité.

Mots-clés:
Identité, altérité, langue de l'autre, écriture, bilinguisme.

Escribir es un camino largo y peligroso que aleja al escritor de sus certezas y el resultado es el encuentro con una alteridad desconocida. Se trata de mostrar que el escritor que elige la lengua del otro como propia supera, gracias a la palabra del otro, su solipsismo identitario. Esta alteridad constituye, en nuestra interpretación, la estructura del acto de escribir que toma forma tan pronto como el lector toma posesión del texto, pero el escritor puede anticipar este rasgo de alteridad en el momento de escribir eligiendo la lengua del otro.

Para ilustrar cómo surgen la identidad y la alteridad en la escritura, nos apoyamos en el filósofo Jacques Derrida y el escritor Abdelkébir Khatibi. Primero, examinamos la experiencia filosófica de Derrida, que, según nuestra lectura, surge como un proceso autobiográfico a partir del lenguaje que emplea, pues siempre se sintió extraño a su propia lengua. Luego vinculamos este concepto al lenguaje del otro presente en las obras de Khatibi, especialmente en *Amour Bilingue*, que ejemplifica el tránsito de la imposibilidad de una lengua única al uso de la lengua del otro. Este texto no pretende ofrecer un análisis exhaustivo de la teoría derridiana ni del corpus literario de Khatibi, sino más bien esbozar un recorrido reflexivo sobre la identidad del escritor y la alteridad literaria, integrando filosofía y literatura.

1. Más que un idioma

El escritor que comienza a escribir tiende a apoyarse en su lengua materna, fuente de sustancia expresiva y vínculo instintivo con su primer entorno vital, porque a través de ella busca definir su identidad. Sin embargo, puede alterar este patrón adoptando otro lenguaje, y al hacerlo, perder el control sobre él. Se expone así a la alteridad del lenguaje, experimentando la tensión entre identidad y alteridad que caracteriza su existencia y la resistencia de la identidad a la alteridad durante la escritura. Este fenómeno revela cómo la adopción de una lengua distinta modifica la identidad del escritor: al distanciarse de la familiaridad de su lengua heredada, asume un *habitus* desconocido y no dominado. Este desplazamiento abre al escritor a su historia y memoria, no como repetición de un pasado fijo, sino como proyección hacia un futuro aún inconsciente.

Esta experiencia no se reduce a una elección material o estilística; involucra la relación del escritor con el mundo, en particular con los otros. En este sentido, la obra *El monolingüismo del otro* de Derrida ofrece una reflexión crucial sobre la condición del lenguaje. Este texto, de carácter híbrido – diálogo socrático, confesión autobiográfica y ficción filosófica –, se centra en la identidad presupuesta del lenguaje. Su tesis central sostiene que, aun hablando una sola lengua, esta lengua siempre viene de la otra y nunca puede considerarse completamente propia: "«Es posible ser monolingüe (yo verdaderamente lo soy; ¿no es así?) y hablar una lengua que no es la propia[1]»" (Derrida, 1997, p. 18).

El propio Derrida admite haber vivido una situación similar, pero en concreto era muy diferente: francés de origen argelino, se expresaba siempre en francés pero se sentía extraño a esa lengua, definiéndose como "el *único* franco-magrebí[2]" (Derrida, 1997, p. 25), simultáneamente francés y magrebí. Su lengua, aunque materna, estaba cargada de elementos heterogéneos provenientes de diversas tradiciones. Este lenguaje encarna un gesto "múltiple" (Derrida, 1997, p. 106), donde la escritura filosófica se convierte, a nuestro juicio, en un ejercicio filosófico-biográfico. Llama la atención cómo Derrida, en un discurso académico sobre el lenguaje, relata una experiencia personal y amistosa en primera persona, siguiendo

[1] Este texto fue presentado, en una versión más corta, en abril de 1992 en la Universidad Estatal de Luisiana en Baton Rouge, en presencia de Abdelkébir Khatibi y en una conferencia del *Collège International de Philosophie*.
[2] En la tercera parte, Derrida evoca esta particularidad a través de un diálogo con Khatibi y explica la historia particular de su ciudadanía y su relación con su lengua materna. Véase Crépon (2001).

una dialéctica reminiscentemente socrática, es decir, el conocimiento emerge a través del desarrollo del discurso en relación con el otro[3].

El proceso de alteridad del lenguaje se consolida a partir de la experiencia misma de Derrida con el idioma, evolucionando hacia una teoría filosófica que aspira a validez colectiva. Este tránsito se observa en tres niveles de esta obra. En primer lugar, el estribillo inicial se refiere à la primera persona: "«*no tengo más que una lengua; ahora bien, no es la mía*»" (Derrida, 1997, p. 14); luego, se universaliza mediante el uso impersonal: "es posible" (Derrida, 1997, p. 18); finalmente, evoluciona aún más hacia lo colectivo: "nunca se habla más que una sola lengua" (Derrida, 1997, p. 19). Esta ambigüedad, que se despliega en la reflexión colectiva, revela la complejidad de la identidad y alteridad en la relación con el lenguaje.

El recurso a la primera persona subraya la impotencia del hablante frente a la lengua, que no puede poseerse plenamente. A este respecto, la afirmación de Derrida (1997) es clara y precisa: "mi lengua «propia» es una lengua inasimilable para mí. Mi lengua, la única que me escucho hablar y me las arreglo para hablar, es la lengua del otro" (p. 39). De esta articulación deriva la noción de alienación "una alienación" como "propiedad de la lengua" (p. 40). La alienación, que podría ser otro nombre para la práctica de la deconstrucción, sólo sitúa al sujeto hablante fuera de sus certezas, en un espacio y un tiempo donde todo lo ya adquirido se pierde: quien pretende ser dueño exclusivo de una lengua experimenta inevitablemente su desapropiación. Ningún derecho natural justifica ya la posesión de la propia lengua. El lenguaje, al ser alienante, conduce a la alienación de la identidad del hablante.

Así, Derrida transforma su experiencia autobiográfica de la lengua en una reflexión filosófica impersonal y de alcance universal, que culmina en la alteridad de su recepción. Sin embargo, la interacción entre la narración autobiográfica y la reflexión filosófica ha sido siempre una preocupación central en su pensamiento. Para comprender esta relación, conviene citar brevemente su correspondencia con el escritor Roger Laporte, en la que el filósofo reconoce su gran deseo insatisfecho de reescribir el lenguaje filosófico en un estilo autobiográfico.

> Creo que su proyecto tiene tanto sentido que es, a mi juicio, la forma más radical de escritura. Y por eso me atrae, y por eso renuncio a este tipo de escritura, dolorosa e impotentemente. […] Así que intento hacer lo mismo que usted, con una máscara más, es decir, entre mi "vida" y mi "pensamiento", un rodeo más, un "otro" adicional [*supplémentaire*] y un discurso indirecto muy doloroso – créanme[4].

Tras reconocer su necesidad de la escritura autobiográfica, Derrida describe su obra como "un «otro» adicional" (Peeters, 2010, p. 204), señalando así su diferencia con la escritura estrictamente autobiográfica. La diferencia radica en la forma del discurso: mientras que un escritor se revela directamente a través de su acto, el filósofo lo hace mediante la mediación de su comprensión. En la escritura autobiográfica, el peligro potencial reside en que el texto quede atrapado en el círculo autorreferencial de su propio pensamiento o de su propia acción; por ello, requiere una apertura a la alteridad. Esta apertura constituye ese "otro" que, como

[3] Por ejemplo, véase Derrida (1997, pp. 20-21), donde el interlocutor se deja llevar por el diálogo.

[4] Carta de Derrida enviada à Laporte el 19 febrero 1966, citada en Peeters (2010, p. 204). Todas las traducciones de las citas de esta obra son nuestras. Sarah Kofman (1973) señala la naturaleza suplementaria de la relación de Derrida con el texto: "Dar importancia a las notas, y a todo lo que parece marginal al llamado texto «principal», solo es legítimo si se acepta la naturaleza gráfica de la suplementariedad, un suplemento que no es una adición externa a un texto autosuficiente y completo. […] La operación de «desplazamiento» deporta el texto lejos de su centro […] pone fin a la idea de un texto cerrado sobre sí mismo como un círculo perfecto. Las notas constituyen «reservas» económicas que se abren a los textos futuros que anuncian" (p. 187).

discurso "adicional", replica y rescata la escritura autobiográfica mediante la diferencia, y que, en cierto modo, ya está implícito en el acto mismo de escribir.

El interés de Derrida por una narrativa literaria centrada en la relación entre el yo y el acto de escribir no es fortuito. Esta forma de escritura resulta especialmente adecuada para describir el tránsito de la experiencia personal a su reelaboración, abierta al futuro. Sobre este punto, Derrida señala:

> "Autobiografía" es quizás el término menos inadecuado, porque sigue siendo, en mi opinión, el más enigmático, el más abierto, incluso hoy. [...] En el momento "narcisista" de la identificación "adolescente" [...], se trataba principalmente del deseo de registrar solo uno o más recuerdos. [...] Incluso hoy, persiste el deseo obsesivo de preservar, en una inscripción ininterrumpida, en forma de memoria, lo que sucede – o *casi sucede*[5]. (Derrida, 2009a, p. 254)

Esta forma personal de escritura se manifiesta cuando el escritor intenta fijar sus recuerdos, es decir, el archivo de su inspiración, y al hacerlo se separa del ámbito del yo, de la autorreferencialidad de los conceptos. La autobiografía, implícita en el acto de pensar, se transforma así en la singularidad de una experiencia, vinculada a su desarrollo y a las conexiones que es capaz de establecer. El interés de Derrida por esta forma distante de especulación filosófica se explica, sin duda, por las huellas que deja esta escritura. Aunque comienza con una historia personal, pronto abre nuevos pasajes que el escritor no había anticipado. Lo que le sucedió no garantiza la integridad de la escritura, pues ésta está compuesta de lagunas que alguien más podrá completar, pero no antes de que se detenga.

Al final del libro sobre el monolingüismo, la dimensión autobiográfica emerge en tensión con sus intenciones filosóficas: "lo que esbozo aquí no es, en particular, el comienzo de un bosquejo autobiográfico o de anamnesis, y ni siquiera un tímido intento de *Bildungsroman* intelectual. Más que la exposición de mí sería la mostración de lo que habría de ponerme obstáculos a esa autoexposición" (Derrida, 1997, p. 113). Este obstáculo es el lenguaje mismo, que lo mantiene en la condición de quien habla y escribe en una lengua que no es enteramente suya. Como confiesa: "todo lo que, digamos, me ha interesado desde hace tiempo, [...] no pudo dejar de proceder de esta extraña referencia a un «otra parte» cuyo lugar y lengua me eran desconocidos e interdictos[6]" (Derrida, 1997, p. 113). Esta "otra parte" limita al filósofo, obligándolo a expresarse desde ella y a desnudar el *autos* para revestirlo de la universalidad de los conceptos.

De manera paralela, el escritor elige libremente su lengua, pero una vez inmerso en ella, su libertad queda condicionada por la estructura del idioma; la narración se realiza a través de la lengua elegida. Se pueden citar aquí las palabras del escritor Edmond Jabès para explicar la resistencia que la lengua – como lengua del otro – ejerce sobre quienes la utilizan:

> Se puede decir de un compatriota: "habla tan bien como usted y yo, nuestro idioma". ¿Se puede decir: "escribe como usted y yo"? Es que en el escrito, en la escritura de

[5] La traducción de la cita de esta obra es nuestra.

[6] Derrida (1997) continúa ofreciéndonos una síntesis de su relación con la filosofía: "como si tratara de *traducir* en la única lengua y la única cultura franco-occidental de que dispongo, en la cual fui arrojado al nacer, una posibilidad inaccesible a mí mismo, como si tratara de traducir en mi «monolengua» una palabra que aún no conocía, como si tejiera además algún velo al revés (cosa que, por lo demás, hacen muchos tejedores) y como si los puntos de paso necesarios de ese tejido al revés fueran lugares de *trascendencia*, por lo tanto de un «otra parte» absoluto con respecto a la filosofía occidental greco-latino-cristiana, pero aún *en ella* (*epékeina tés ousías*, y más allá – *khóra* – , la teología negativa, el maestro Eckhart y más allá, Freud y más allá, cierto Heidegger, Artaud, Lévinas, Blanchot y algunos otros)" (p. 113).

> uno escrito, algo más ocurre, – apenas percibido: algo misterioso, probablemente muy antiguo que la palabra oral menosprecia, tan ansiosa por afirmarse. ¿Y quizás escribir es, precisamente, diferir esa afirmación? Se escribe entre dos renuncias[7]. (Jabès, 1987, p. 51)

El escritor formado en su lengua materna descubre un día, entre la familiaridad de esta y la extrañeza de la lengua extranjera, su forma literaria, única en el mundo. Única porque situada entre dos renuncias. Por un lado, la identificación con la otra lengua: el escritor puede haber crecido en la tradición y la historia de esta otra lengua, puede que lo haya usado a diario, pero nunca será suya, completamente propia; por otro, la familiaridad con la lengua materna, siempre estará mediada por la renuncia. El origen de su escritura se confunde irremediablemente con su destino, provocando su común deconstrucción y dando nacimiento a otro lenguaje.

Nuevamente Jabès nos ayuda a entender esta tensión:

> Hay – todos lo sabemos – una lengua materna, la primera lengua aprendida, hablada por nosotros. Con este truismo en mente, ¿podemos afirmar que hay una escritura "materna", un escrito común, páginas de nuestros primeros balbuceos? Los primeros escritos de un niño son un aprendizaje de la escritura y no una preocupación por redescubrir el texto original: *el texto generador de textos por escribir que, aunque siempre nos escapa, no deja de acosarnos*. La tarea del escritor es leer lo que le esconde. Tonicidad de la escritura. (Jabès, 1987, p. 51)

Viajar a través de la lengua del otro significa permanecer en el "aprendizaje" del niño, desconocedor del origen de su identidad, porque esta se realiza en el tiempo futuro. De manera paralela, el escritor se encuentra sólo en el destino de su escritura que encarna la lengua del otro, descubierta durante el acto creativo. Esta postura, situada entre dos lenguas, conecta la memoria del pasado con la creación expresiva en otra lengua, revelando aspectos del archivo y del lenguaje personal que inicialmente escapaban a su consciencia.

Ahora bien, este viaje entre origen y destino, dos grandes renuncias en las que está inmerso el escritor, podemos extenderlo, siguiendo a Derrida, a todas las formas de habla. Él escribe: "sólo se puede hablar de una lengua en esa lengua. Aunque sea poniéndola fuera de sí misma. Lejos de cerrar lo que fuere, este solipsismo condiciona el dirigirse al otro, da su palabra o más bien da la posibilidad de dar su palabra, da la palabra dada en la experiencia de una promesa amenazante y amenazada" (Derrida, 1997, p. 36). La tensión entre identidad y alteridad muestra que el escritor que elige su lengua elige también su destino, sin saberlo de antemano.

> Una estructura inmanente de promesa o deseo, una espera sin horizonte de espera informa toda palabra. Desde el momento en que hablo, aun antes de formular una promesa, una espera o un deseo *como tales*, y allí donde todavía no sé qué me sucederá o qué me espera al final de una frase, ni *quién* ni *lo* que espera quién o qué, me encuentro en esta promesa o esta amenaza, que reúne desde ese momento la lengua, la lengua prometida o amenazada, prometedora hasta la amenaza y *vice-versa*, así reunida en su misma diseminación. (Derrida, 1997, p. 36)

Si Derrida afirma que el solipsismo del lenguaje, el hecho de hablar una lengua que nunca es la propia, permite un dar la palabra, esta donación debe leerse como un destino de alteridad: la escritura nunca se conoce completamente a sí misma, pues es escritura del otro.

[7] Todas las traducciones de las citas de esta obra son nuestras.

Este tránsito hacia un destino de alteridad operado por el lenguaje que es el del otro, nos permite retomar la disolución de la identidad en el otro, a partir de la obra de Khatibi, para mostrar que la alteridad influye sobre la identidad del escritor.

2. El idioma bilingüe

Khatibi, escritor marroquí y amigo de Derrida, es quien, a sus ojos, mejor encarna este paso de la imposibilidad de una lengua única al uso de la lengua del otro. Khatibi podía elegir entre su lengua materna, el árabe, y la lengua extranjera, el francés, y optó por explorar la alteridad de la lengua[8]. Cabe señalar que Khatibi es un escritor que, en su muy variada producción, se dedica a narrar los hechos de su vida sin escribir un diario ni seguir un orden cronológico. Se trata pues también de un trabajo sobre el lenguaje donde el aspecto autobiográfico emerge entre los pliegues narrativos. La escritura se convierte así en un tema central: a partir de una identidad inicial, se proyecta hacia una alteridad desconocida, revelando el sentido mismo del acto de escribir. Esta dinámica se configura, gracias al lector, como una tensión entre identidad y alteridad, que se puede situar entre escritor y lector. Basta abrir la primera página de *Le scribe et son ombre* para percibir este paso del yo al otro, del escritor al lector: "en el camino hacia uno mismo, se puede decir: yo [*je*], o bien yo [*moi*], yo [*je*]. El yo no es ni odiable ni adorable. Es una máscara singular de alteridad[9]" (Khatibi, 2008d, p. 7). Toda cuestión de escritura está contenida en ese "*je-moi*", tan difícil de comprender sin el otro lenguaje, constantemente elusivo.

El "yo", que se escribe y se habla, pretende transmitir con claridad su vida a través de la lengua utilizada y comprender su significado tan pronto como lo ha escrito. Derrida reflexiona sobre la formación de este "yo" de la escritura: "ese yo se habría formado, entonces, en el sitio de una situación inhallable, que siempre remite a otra parte, a otra cosa, a otra lengua, al otro en general" (Derrida, 1997, p. 47). Más allá de su identidad y de la posibilidad de dominar su lenguaje como propio, el "*je*" descubre, al pronunciar "*moi*", la alteridad que siempre lo ha habitado.

Esta situación reaparece en *Amour bilingue*[10] de Khatibi, relato de un encuentro romántico entre dos personas bilingües. En particular, se manifiesta el poder de la lengua para dividir al personaje del narrador. Este, que se ve y se describe escribiendo, experimenta cómo las palabras se apoderan de su vida y ya no las controla al pasar a otra lengua. Sólo al final del relato el narrador abandona la neutralidad del "él" para asumir la experiencia del "yo", pues, en la progresión del lenguaje del otro, cualquier distancia aparente en la escritura desaparece. Llega a quedar absorbido por las palabras de la otra lengua, que no es la suya, pero revela el amor infinito que los une: "La bi-lengua unió y desunió el círculo. Me encontré extranjero en mi lengua materna, y tú en la tuya[11]" (Khatibi, 2008a, p. 260).

---

[8] Para comprender la situación lingüística de Marruecos en esa época, véase la descripción biográfica de *La mémoire tatouée* (2008, p. 54) y el texto que Khatibi (2007, pp. 31-48, en particular pp. 39-40) dirige a Derrida tras la aparición de *El monolingüismo del otro*. Conferencia pronunciada en febrero de 1995 en la *École des Hautes Études*, en presencia de Derrida. El pensamiento de Khatibi siempre ha buscado ir más allá del contraste entre el mundo árabe y sus colonizadores, como contraste cultural e identitario, en favor de un pluralismo lingüístico, cultural y social que tiene repercusiones tanto políticas como literarias. Véase Khatibi (2008c, pp. 12-16; 1987, p. 209); Segler-Messner (2009, pp. 179-191); Pena López & Ruiz Cano (2022).

[9] Todas las traducciones de las citas de esta obra son nuestras. Para un análisis del texto, y en particular de la cuestión de la identidad, véase Hadji (2020).

[10] *Amour Bilingue* retoma lo que en *La Mémoire tatouée* apareció como una advertencia al lector sobre el uso de un lenguaje que no es el de su autor sino el de su doble protagonista de la historia. Véase Khatibi (2008d, pp. 13-113).

[11] Todas las traducciones de las citas de esta obra son nuestras.

El narrador admite así la pérdida de toda identidad al encontrarse con el otro a través de la lengua, una pérdida doble porque se pierde su identidad como monolingüe y la del amado, que sólo tiene identidad en la diferencia. Este momento representa el punto de fusión entre identidad y alteridad, que convergen en un tercer lugar: el lenguaje del otro, que permanece siempre del otro. Es el otro para quien abandona la familiaridad con su lengua para abrazar la del otro y sigue siendo otro para aquel cuya lengua era conocida, pues ésta se transforma por el encuentro con el otro: "A cada «nosotros», olvido de sí mismo – separado" (Khatibi, 2008a, p. 260). Esta frase críptica condensa toda la identidad del "yo" y toda la diferencia del "nosotros". El resultado es una separación radical, hasta el punto de que la lengua se vuelve "loca", dominando la vida de los amantes: "si hubiera podido hablar, escribir tal vez, es porque la lengua sostenía mi vida" (Khatibi, 2008a, p. 225). Así, saborean el intercambio, el intercambio del "nosotros".

Esta lengua es también común: ni la de uno ni la del otro, sino compartida, dando vida a su mundo y a su vida cotidiana. Su "nosotros" representa la unión del yo y del otro, donde ambos se pierden y se encuentran. Si la historia trata sobre el amor y el uso de la lengua del otro, este uso llega al extremo de que la historia misma, como los personajes, se disuelve en el lenguaje que describe este amor, un lenguaje que se convierte en vínculo afectivo entre ambos. Sin embargo, este lenguaje mantiene una tensión porque es una lucha carnal y personal, un combate con las palabras extranjeras que el narrador quisiera dominar, pero por las cuales es dominado hasta el punto de perder las suyas. Sus palabras, aunque suyas, son también del otro; de cualquier lengua que no le pertenece y, al mismo tiempo, suyas. Son palabras del amante, de la experiencia del otro amado, que no le pertenece, pero a quien ama a través de ellas: "Tu lengua materna te dio a mí y probablemente esta más apegada [*tient*] a mí que a ti" (Khatibi, 2008a, p. 233). "Esta más apegada a mí que a ti" alude a la lengua, porque a través de ella lo ama: "Te amo en tu lengua materna" (Khatibi, 2008a, p. 232), verdadero estribillo del encuentro con el otro.

Tal vez este amor por la mujer extranjera se extienda a la lengua misma, pues ella encarna la alteridad de la lengua que fascina al narrador: "Tal vez amó en ella a dos mujeres, la que vivía en su lengua común, y la otra, esta otra en la que habitaba en la bi-lengua" (Khatibi, 2008a, p. 219). La lengua media entre los personajes, su amor y su intercambio, pero también entre el escritor, el texto y el lector. Al escribir sobre el bilingüismo, Khatibi se enfrenta autobiográficamente a su situación de escritor ajeno a la lengua utilizada. La lengua es entonces una ruptura, pues el narrador, a veces protagonista y otras un narrador tercero, sufre el conflicto entre narrar su historia – una narración identitaria – y la imposibilidad de completarla sin la irrupción del otro.

El narrador aparece detrás del tiempo de la narración; en lugar de ser demiurgo, se deja llevar por las palabras que parecen venir de otra parte. De hecho, la lengua del otro plantea un problema de responsabilidad porque pertenece al otro y, al usarla, se tiene la libertad de crear una expresión imposible en la lengua materna. Escribir al otro separa y protege el deseo del escritor de apropiarse del otro, como cuando el narrador vuelve a su lengua materna, que se convierte en acontecimiento, en retraso de ruptura y sorpresa. Así, el narrador se vuelve extraño a sus propias palabras, que ya no lo guían, porque su vida pasa por la del otro, por la espera de un gesto ajeno, por la intimidad del lenguaje del otro. Pero este pasaje está marcado por la incomprensión, pues la lengua materna de cada uno sigue siendo un límite del encuentro, infranqueable[12]. A través del deseo de identidad, el encuentro sólo ocurre en la lengua que descubren. El bilingüismo niega la unidad de cada uno,

[12] Véase Khatibi (2008a, p. 240). Hasta el punto de que "la lengua misma estaba celosa" (Khatibi, 2008a, p. 250). Sobre este tema, véase Derrida (1997, p. 46) y Rey Mimoso-Ruiz (2017, p. 6) que retoma este tema de los celos del lenguaje en *El monolingüismo del otro*.

promoviendo una unión que puede disolverse en un uso de la lengua que transforma a los actores.

La lengua del otro, según nuestro recorrido, tiene el privilegio de no fijar definitivamente el intercambio, pues este otro permanece siempre variable e indeterminado: "Fuimos felices a modo de frase inolvidable, es decir, inacabada" (Khatibi, 2008a, p. 270). La lengua del otro revela un estado que se renueva en cada encuentro; al volver a la lengua materna, ésta ya ha cambiado. Derrida (1997) entiende esta característica inacabada: "nunca se habla más que una lengua, y ésta, al volver siempre al *otro*, es, disimétricamente, del otro, el otro la guarda. Venida del otro, permanece en el otro, vuelve al otro" (p. 70). El viaje se completa de uno a otro, mientras que el "yo" se pierde: "La extranjera que fuiste, que eres en mi lengua, lo mismo serás en la suya" (Khatibi, 2008a, p. 266).

"Una lengua de llegada o más bien de porvenir" (Derrida, 1997, p. 102), Derrida llama así a esta lengua del otro: del otro, pero al mismo tiempo no, pues "del otro" significa de cualquier otro, sin posesión ni identidad previa. En pleno estilo deconstructivo, Derrida (1997) puede afirmar "*una* lengua no existe. En la actualidad" (p. 106). De igual modo, la figura femenina a la que se dirige el narrador representa al otro en su indisponibilidad de posesión: "Ella era la figura de lo infigurable, alrededor de la cual giraba y giraba ese pensamiento-otro" (Khatibi, 2008a, p. 222). Se cumple así el primer deseo que acompañó la unión de dos lenguas: "mutar un idioma en otro es imposible. Y deseo esto imposible" (Khatibi, 2008a, p. 224). La unión de los cuerpos se convierte en la unión de los lenguajes, hasta encarnar la literatura misma, antaño hecha de alteridad fusional: "Una literatura-otra según un pensamiento no menos otro, hasta el fin de los tiempos" (Khatibi, 2008a, p. 231).

El bilingüismo representa un juego de identidad y alteridad: si parte de una posesión que pertenece al otro, da paso al deambular de quien, sin hablarla, la descubre y trata de apropiársela. El bilingüismo se convierte en una búsqueda nostálgica de identidad, que está lejos de ser poseída, transformándose en la permanencia en la alteridad infinita, la única forma deseable de identidad. Todo monolingüismo queda así destruido y reducido a lo imposible, pues, al declararnos monolingües, ya estamos inmersos en una tradición que hace del otro y de la alteridad su punto de anclaje y transformación.

3. Conclusión

Es el entrelazamiento de la lengua y del cuerpo del escritor lo que narra Khatibi. Esta unión se hace evidente al final del relato, cuando el personaje narrador se despide del lector ofreciéndole un retrato del escritor: "el retrato típico del escritor, lo había tomado de un libro […]. Leía: el escritor entraba, salía, hablaba, se caía. Hacer de un ausente la figura de alguien que estuvo vivo y que estuvo muerto y que debe volver a aparecer, me parece todavía enteramente vivible" (Khatibi, 2008a, p. 283, nuestra traducción). El esfuerzo del escritor que explora la lengua del otro sólo puede dar como resultado una experiencia expresiva como una autotransformación de su vida a través del lenguaje, un acto de creación que hace soñar al escritor y a través de él a todos sus destinatarios. En *Le scribe et son ombre*, Khatibi formula esta experiencia en términos de una división constitutiva del sujeto de la escritura:

> Esta discordia inmanente de la escritura habita en la división activa de mi ser. Esta aflicción, también la encuentro beneficiosa. Termina por orientarme hacia la ensoñación expresiva, aquella de una identidad multipolar. ¿Acaso no escribimos novelas para disfrutar de esta confusión lúdica? Escribir es esta búsqueda onírica, y escribir sobre uno mismo es el camino hacia una separación, una alteración íntima. Un comienzo. Sin origen intacto. (Khatibi, 2008d, p. 29)

El juego interno al yo no es, entonces, más que la transcripción biográfica de la cuestión "yo-otro". En este sentido, un escritor como Khatibi comparte un destino análogo al de Derrida, aunque el primero recurra al relato de vida allí donde el segundo privilegia una prosa conceptual. Ambos, sin embargo, inscriben en el texto huellas de sí mismos con vistas a un otro desconocido. De este modo, Khatibi logra articular su lenguaje con la búsqueda del otro. Esta dinámica aparece de manera explícita cuando escribe:

> Me debía, al autografiarme, engendrarme, desarrollarme en la lengua del otro. Vivir y sobrevivir en ella. ¿Al autografiarme? Sí, no se trata de decir toda la verdad, ni de fabular alegremente sobre uno mismo, de mentir verdaderamente, espléndidamente verdadero. No, se trata de un ejercicio de alteridad y de camino hacia el otro. Una transformación del cuerpo y de la sensibilidad (Khatibi, 2008d, p. 29).

La misma idea se encuentra en *La Blessure du nom propre* de Khatibi (1974): "jamás ningún alibi podrá fijar la búsqueda de la identidad (aquí el Nombre propio) a una simple duplicación de su yo y de su teatro íntimo, ningún saber podrá pretender liquidar teóricamente el infinito del texto[13]" (p. 14). La identidad del escritor se constituye, así, a partir de la irrupción de una alteridad extraña y potencialmente amenazante, que roza el impasse mortal de la inspiración. Es precisamente quien asume el terror y la belleza de esta experiencia expresiva quien deviene escritor.

El encuentro textual se presenta entonces como un acontecimiento imprevisible que configura la forma siempre provisional de la escritura. Desde esta perspectiva, la escritura puede entenderse como un texto de sí desde el otro: es posible escribir sobre uno mismo y para uno mismo, como identidad singular, solo en la medida en que existe un retorno diferencial. Sin esta posibilidad de retorno, siempre por venir y suspendida de la alteridad, no habría escritura del escritor.

Este retorno adopta la forma de una suplementariedad diferenciada. Es suplementaria porque el escritor, en su confrontación con el cuerpo y el lenguaje, se descubre ya habitado por otro. En el trazado de esta lucha sobre la página, da testimonio de la imposibilidad de separarse de esa irrupción de la alteridad que, sin embargo, escapa a su control y provoca fracturas en la experiencia de la escritura. Cada palabra se autonomiza, poniendo fin a la reiteración idéntica del propio decir; toda repetición es, de hecho, una variación más de la no identidad consigo mismo. Lejos de anunciar la desaparición del escritor, esta escritura revela una existencia atravesada por otra lengua y otra experiencia, a través de las cuales el escritor da escritura a lo que vive y vida a lo que escribe.

Ahora bien, lo ocurrido en la vida del escritor no garantiza la completitud del texto, pues la escritura está constitutivamente atravesada por lagunas que solo otro puede venir a colmar, aunque nunca antes de que el texto se haya detenido. Si el discurso del escritor se definiera únicamente por una lógica de adición – como una capa suplementaria de sentido que se añade a un texto que su autor considera ya suficiente y cerrado en sí mismo –, entonces no habría lugar para ninguna interpretación ulterior de su sentido. Para que haya lectura e interpretación, es necesaria una variación del texto, prevista desde su origen mismo. El suplemento no funciona, por tanto, como compensación de una carencia empírica ni como corrección de una deficiencia, sino como una posibilidad estructural inherente a la escritura, que intensifica y reactiva su significado originario.

Si la escritura puede pensarse, en su origen, como una forma de recepción de la alteridad que siempre la ha habitado, conserva al mismo tiempo una dimensión singular y personal, en la medida en que, durante este proceso de escucha de otra lengua y de otra voz,

[13] La traducción de la cita de esta obra es nuestra.

el escritor traza sus propias elecciones. Sin embargo, esta singularidad no constituye una prerrogativa exclusiva del autor: el lector, a su vez, debe aportar su interpretación. Esta dimensión suplementaria explica la apertura constitutiva de toda escritura, cuya repetición, pensada inicialmente por el escritor, se transforma en apertura para el lector.

El escritor narra así un camino que, sin saberlo, conmueve al lector, instaurando un vínculo de amistad a través de la distancia que los separa. En este sentido, la historia de la escritura puede entenderse como una historia de amistad: la escritura nace de la interpelación del escritor al lector, quien permanece, sin embargo, radicalmente otro durante el proceso de escritura. La alteridad de la lectura responde al deseo de ser leído por un rostro desconocido, colmando provisionalmente el vacío que la escritura deja en la identidad del escritor, una identidad que nunca puede decirse de manera definitiva. El escritor busca entonces, mediante un gesto a veces inconsciente y a veces deliberado, protegerse de su desconocimiento del lector. Parece retirarse en la escritura de sí mismo para mantener a distancia lo desconocido; sin embargo, la distancia temporal que se instaura se convierte en proximidad en el espacio del libro. Finalmente, el otro se manifiesta como lector, portador de otra lengua.

Este elemento suplementario permite comprender la escritura como una forma de vida que se transforma en supervivencia gracias a la presencia – no presente – del otro en el acto de escribir. El escritor muere, en cierto modo, en su texto, pero continúa viviendo no solo en su vida empírica, sino sobre todo en la vida del lector por venir, que se inscribe a su vez en la escritura produciendo un nuevo suplemento. En este punto, el concepto derridiano de supervivencia resulta esclarecedor: "hay supervivencia desde el momento en que hay huella; dicho de otro modo, el sobrevivir no supone una alternativa a la muerte o la vivir. Es otra cosa. [...] creo que es la forma misma de la experiencia y del deseo irrenunciable" (Derrida, 2001, p. 41).

Aplicada a la escritura, la supervivencia la sitúa más allá de una identificación exclusiva con la vida, del mismo modo que la lectura trasciende una identificación con la muerte. El escritor vive y muere ya en el acto de escribir, dejando huellas de lo que ha sido y de lo que será a través del otro que lo leerá. Su existencia se define por una lucha anónima con alguien a quien no conoce y que, sin embargo, habita su escritura. En este sentido, el escritor es un superviviente, tal como Derrida lo describe en *Béliers*:

> El superviviente, pues, se queda solo. Mas allá del mundo del otro, también está de algún modo más allá o más acá del mundo mismo. En el mundo fuera del mundo y privado del mundo. El superviviente se siente al menos único responsable, encargado de llevar tanto al otro como a *su* mundo, desaparecidos el otro y *el* mundo, responsable sin mundo (*weltlos*), sin el suelo de ningún mundo, desde ahora, en un mundo sin mundo, como sin tierra más allá del fin del mundo (Derrida, 2009b, p. 21).

Esta caracterización del superviviente, "encargado de soportar tanto al otro como a su mundo, al otro y al mundo" (Derrida, 2009b, p. 21), resulta particularmente pertinente para describir al escritor que escribe sobre sí mismo – "su mundo" (Derrida, 2009b, p. 21) – y, sin embargo, no encuentra en la familiaridad de su mundo ninguna garantía: "sin el fundamento de ningún mundo" (Derrida, 2009b, p. 21). El acto de escribir implica llevar consigo ese mundo, pero también compartirlo, de modo que la escritura se emancipa progresivamente de las intenciones iniciales del autor. El mundo se convierte así en el umbral del encuentro entre el escritor y el otro, obligando al yo a abrirse a una alteridad suplementaria. A través de esta experiencia, el escritor descubre su mundo como un espacio de participación mutua, generado por la escritura misma. De este modo, la escritura aparece como el punto de convergencia entre identidad y alteridad, articuladas en el acto de escribir. Esta

complementariedad – inseparable de la supervivencia – constituye la estructura misma de la alteridad en la escritura.

La encarnación de la lengua en el cuerpo del escritor, de la cual *Amour Bilingue* ofrece un ejemplo paradigmático, surge de una alteridad que el escritor ejerce sin saberlo, sin conocerla ni buscarla. Como señala Derrida (1997) la extrañeza de la lengua del otro es la condición que permite acogerlo sin anular su diferencia: "siempre corresponde a una lengua invocar la apertura heterológica que le permita hablar de otra cosa y dirigirse al otro" (p. 111). Esta apertura es una afirmación de originalidad que renace y que todo uso de la lengua del otro hace posible, porque escribir desde sí mismo, desde la propia identidad, es en última instancia "hablar de otra cosa" (p. 111), es decir, repetirse en la lengua del otro, hasta el infinito, siempre de manera diferente.

Referencias bibliográficas

Crépon, Marc. (2001). Ce qu'on demande aux langues (autour du monolinguisme de l'autre). *Raisons politiques*, (2), 27-40.

Peeters, Benoît. (2010). *Derrida*. Flammarion.

Derrida, Jacques. (1997). *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen* (H. Pons, Trad.). Manantial.

Derrida, Jacques. (2001). *¡Palabra! Istantaneas filosófica* (C. Peretti & P. Vidarte, Trad.). Editorial Trotta.

Derrida, Jacques. (2009a). Cette étrange institution qu'on appelle la littérature. Entretien avec Derek Attridge. En Dutoit, Thomas, & Romanski, Philippe (coords.), *Derrida d'ici, Derrida de là*. (pp. 253-292). Galilée.

Derrida, Jacques. (2009b). *Cameros. El dialogo ininterrumpido: entre dos infinitos* (I. Agoff, Trad.). Amorrortu.

Hadji, Khalid. (2020). Le chemin vers soi-même ou *Le Scribe et son ombre*. À propos de l'écriture aventurée d'Abdelkébir Khatibi. *Babel. Littératures plurielles*, 41, 55-67.

Jabès, Edmond. (1987). *Le Livre du Partage*. Gallimard.

Khatibi, Abdelkébir. (1974). *La Blessure du nom propre*. Éditions Denoël.

Khatibi, Abdelkébir. (1987). Nationalisme et internationalisme littéraire. En Khatibi, Abdelkébir, *Figures de l'étranger dans la littérature française*. (pp. 203-214). Denoël.

Khatibi, Abdelkébir. (2007). Lettre ouverte à Jacques Derrida. En Khatibi, Abdelkébir, *Jacques Derrida, en effet*, dessins de Valerio Adami (pp. 31-48). Al Manar.

Khatibi, Abdelkébir. (2008a). *Amour bilingue*. En Khatibi, Abdelkébir, *Œuvres de Abdelkébir Khatibi. Romans et Récits*, avec un texte de Jacques Derrida (vol. I, pp. 208-304). Éditions de la Différence.

Khatibi, Abdelkébir. (2008b). *La Mémoire tatouée*. En Khatibi, Abdelkébir, *Œuvres de Abdelkébir Khatibi. Romans et Récits*, avec un texte de Jacques Derrida (vol. I, pp. 13-113). Éditions de la Différence.

Khatibi, Abdelkébir. (2008c). *Pensée-autre*. En Khatibi, Abdelkébir, *Œuvres de Abddelkébir Khatibi. Essais* (vol. III, pp. 9-39). Éditions de la Différence.

Khatibi, Abdelkébir. (2008d). *Le scribe et son ombre*. Éditions de la Différence.

Kofman, Sarah. (1973). Un philosophe "unheimlich". En Finas, Lucette, Kofman, Sarah, Laporte, Roger, & Rey, Jean-Michel. *Écarts. Quatre essais à propos de Jacques Derrida*. (pp. 107-204). Fayard.

Pena López, Claudia, & Ruiz Cano, Marina (coords.). (2022). *Alteridad y escritura identitaria en el imaginario magrebí francófono*. Dykinson.

Rey Mimoso-Ruiz, Bernadette. (2017). Abdelkébir Khatibi: Amour bilingue ou la passion tourmentée. *Littératures maghrébines au cœur de la francophonie littéraire. II : Écrivains du Maroc et de Tunisie*. https://hal.science/hal-02535565

Segler-Messner, Silke. (2009). La bi-langue de Abdelkébir Khatibi comme modèle d'une littérature hybride. En Bessière, Jean (coord.), *Littératures francophones et politiques* (pp. 179-191). Karthala.